

ARTÍCULOS 2023

- **Cronista de Yaiza, Ciudad Histórica**
- **Recuerdos del mar**
- **Nombres históricos en peligro**
- **Dos lanzaroteños ilustres**
- **Enseñanza privada**

Cronista de Yaiza, Ciudad Histórica

Fuente: Diario de Lanzarote Febrero 2023

El pasado 2 de enero falleció el compañero cronista oficial de Yaiza Ciudad Histórica, don Esteban Rodríguez Eugenio. Según leemos en su biografía, tanto en la portada de su libro como la reseña que hace Domingo Rivero el 25 de enero de 2020 en el diario La Provincia, Esteban, de familia agricultora y marinera, inicia un camino de superación profesional. Empieza en la Escuela de Hostelería del Cabildo Insular de Gran Canaria para ganarse un puesto en los Centros Turísticos de Lanzarote; sus deseos de progreso lo llevan a Inglaterra durante bastantes años, lo que le permite perfeccionarse en Organización Hotelera y en el idioma británico, regresando a los Centros de Lanzarote; trabaja en la banca, en atención a su fluidez en aquel idioma, y finalmente crea una oficina de asesoramiento para los ingleses en Playa Blanca. Conozco a Esteban cuando el 24 de enero de 2020, ya bastante deteriorado por la enfermedad que le causó la muerte, viene a mi casa para entregarme su libro, editado en 2019, con el título muy campesino de Sembradas a voleo, y una sentida dedicatoria en la que dice textualmente: "Un pueblo sin historia menuda, es un pueblo perdido en la memoria olvidada". La sencillez de su literatura y la gran dosis de humor hacen que su lectura sea deliciosa. Consigue que no se pierda una parte de la "historia menuda", como él también la califica en aquella dedicatoria, de Yaiza, hoy Ciudad Histórica por la categoría que le otorgó la Bula creadora del Obispado de Rubicón, de primera ciudad más allá del obstáculo, identificado como Columnas de Hércules, que se oponía a la entrada del llamado Mar Tenebroso.

El libro, dividido en cincuenta y ocho capítulos, nos deleita, entre muchas otras cosas, con aquella frase en contestación al "¡Alto!" de la autoridad militar: "¡Cristiano que nosotras no somos gente, sino las peonas de don Guayme, (como llamaban en el pueblo a don Jaime, alcalde vitalicio, dueño de salinas, hoy afortunadamente restauradas, y eje de la economía del suroeste lanzaroteño) que vamos a Los Islotes a coger fruta!". La picardía de la mujer vecina de Yaiza que, después de suministrarse en una de las tiendas de la Calle Real de Arrecife, le dice al dependiente: "Ahora viene a pagar mi marido" y saliendo a la puerta le grita al primer señor que sube calle arriba: "¡Elías, págale al hombre!", cuando aquel ni era su marido ni se llamaba Elías; o la de Feliciano que, con un niño embrujado en una pañoleta, entra en otra tienda y, cuando termina la compra, le dice a la dependienta que le busque un hueco para dejar al niño, llevar la compra a La Plazuela, donde tiene el burro, venir a buscar al niño y pagarle. Cuando pasa mucho tiempo, el niño no se despierta ni Feliciano viene a pagar, la dependienta va a verlo, lo destapa y encuentra una gran penca de tunera bien arroda.

En sus textos consigue que no se pierda una parte de la "historia menuda"

Revive a don Atanasio Machín que, sin miedo a la muerte, tenía preparado, para cuando llegara, el ataúd debajo de la cama. Cuenta de don Hilario, que dio su nombre al Islote de

Hilario, donde está enterrada su famosa camella, la costumbre de pedir una taza de gofio al vecino cuando se había acabado en su casa y la pregunta de: "¿colmada o arrayada?", para poder devolverla en la misma medida.

Esteban, tanto en sus entrevistas como en las conversaciones privadas, decía que este sería su primer libro de los que tenía intención de publicar, lo que se ha frustrado con su fallecimiento. Creemos que el más justo homenaje al cronista, aunque sea póstumo, es que los responsables de Yaiza editen alguno de ellos.

Recuerdos del mar

Fuente: Diario de Lanzarote Marzo 2023

En el mar se encuentran recuerdos que merecen ser conservados. Barcos históricos se conservan en puertos y museos. Los británicos tienen al Victory que, al mando del almirante Nelson, venció en la batalla de Trafalgar; en Estados Unidos el Mayflower, que llevó la expedición de protestantes que huían de una persecución religiosa, y un moderno y colosal Queen figura en el muelle de un puerto oceánico.



Casa de Cabrerón en la calle Pérez Galdós de Arrecife. Foto: Adriel

Hace poco tiempo leíamos en la prensa que el Cabildo insular de Lanzarote había incluido en su presupuesto una suma para la adquisición de la antigua sede de Correos con el fin de destinarla a Museo del Mar y la Casa de Cabrerón para destinos sociales del barrio de Valterra.

Hace muchos años una lancha costera estaba varada junto al Castillo de San Gabriel hasta que, en aras de una equivocada limpieza de las playas, fue quemada. Por iniciativa de César Manrique, uno de nuestros barcos históricos costeros, La Dolores, se colocó como monumento en el Islote de Fermina pero, por acción del fuego de unos gamberros, desapareció. Recientemente ha surgido la polémica de la conservación, o no, de El Rosario, encaramado sobre el muelle de Puerto Naos. Estos temas de actualidad se dieron siempre. Álvarez Rixo en su Historia del Puerto del Arrecife nos cuenta episodios desde su perspectiva de fines del siglo XVIII y principios del XIX. Los lanzaroteños tuvieron arrendadas a los portugueses las Islas Salvajes para cultivar barrilla, cazar pardelas que traían saladas y encontrar jallos, dirían los nuestros, que el mar llevaba a sus costas: lanchas, toneles, maderas, anclas y restos de navíos, muchos posiblemente de los que habían participado en el combate de Trafalgar.

En julio de 1835 un patrón lanzaroteño, Roque González, encontró una goleta sumergida que trajo de remolque hasta Santa Cruz y el mismo, unos años después, encontró en alta mar una nave cargada de madera de pinsapo, de lo que, como hallador, le tocó una tercera parte del valor, 14.600

reales de vellón. En 1837 otro patrón, Tomás de Brito, tuvo noticias de que en la costa de África se encontraba sumergido un gran bajel, una fragata muy fuerte, la Francis Spaigh, cargada de madera. La trajo de remolque, primero a Puerto de Cabras y después a Lanzarote. Sabido en Londres, se presentó autorizado a reclamarla un tal Thomas Mahy, pues un huracán la había arrebatado en Canadá, donde estaba cargando. Pagó los gastos y la llevó para Inglaterra.

El 15 de abril de 1846, Juan Álvarez y Juan Padrón, pescadores, descubrieron un bergantín anegado en las inmediaciones de La Graciosa y lo condujeron a Arrecife, dando cuenta al subdelegado de Marina. Pertenece a Londres y el letrado de popa decía Ho-pe (Esperanza), cargado de pacas de duelas y tablones de pino, procedentes del Báltico. En 1817 don Leandro Camacho divisó un bulto oscuro que navegaba lentamente de este a oeste por las afueras del Castillo de San Gabriel que, a través del antejo, le pareció un barco volcado. Con una lancha se acercó para asegurar la presa, pero resultó ser una ballena grande rodeada de tiburones. La remolcó hasta vararla dentro del Isote del Quebrado para poder despedazarla y hacer aceite. Casi entera, medía 27 varas.

Nosotros recordamos que, en nuestra niñez, durante la Segunda Guerra Mundial, entre los años 1939 y 1945, se prodigaron esos jallos, especialmente maderas y pacas de caucho, se decía que procedentes de los naufragios como consecuencia de posibles batallas al norte de la Isla. Mi esposa cuenta que, en su niñez, tenía una pelota de tenis, regalo de señor Patricio, que la encontró flotando en la costa de Guatiza.

Sería más fácil adaptar la Casa de Cabrerón como Museo de la Pesca y el Mar

En 1837, Tomás de Brito remolcó de África a Arrecife la fragata Francis Spaigh

Es una gran noticia saber que los responsables políticos hayan considerado una necesidad la creación de un Museo del Mar en Arrecife, que reconozca y mantenga la memoria de su tradición marinera, no solo histórica, sino hasta tiempos bastante recientes. Lo que no nos parece tan acertado es la elección, por lo complicado de su acceso, de la antigua sede de Correos. Quizá sí lo fuera la del otro edificio, la denominada Casa de Cabrerón, no solo por su ubicación en la zona más marinera de Arrecife y paso de visitantes, sino porque necesitando una reconstrucción más importante, sería más fácil adaptarla a una esperada afluencia, independiente-mente de también compartir el destino de fines sociales.

Desde hace algún tiempo he estado en contacto con dos personas que han centrado su afición y horas libres en trabajar por recopilar literatura y objetos con destino a la iniciación de un museo marino del que se ha hecho eco la prensa y para el que incluso disponen de un local donde iniciarlo. Don Luis Moreno Rajel y don Juan Pablo Díaz creen que reúnen todas las virtudes para ser dos grandes protagonistas de ese esperado y necesario Museo de la Pesca y el Mar.

Nombres históricos en peligro

Fuente: Diario de Lanzarote Julio 2023

Quizá por eso que llamamos "progreso", borrados por homenajes o por olvido de la memoria al paso del tiempo, los nombres históricos van desapareciendo poco a poco. Pocos recuerdan o recordamos esas denominaciones que forman o formaron parte muy importante del patrimonio de nuestra historia. En Arrecife, donde estaba la "Pedrera del Cabo Pedro", cuyas piedras sirvieron para construir el "Muelle grande", allá por los inicios del pasado siglo; la "Molina del fuego", que elaboraba harinas y gofio para la ciudad; "La raya", punto de la "Carretera de Tías" donde el sacerdote oficiante despedía al difunto camino del viejo cementerio, "El echadero de los camellos", especie de parada zoológica, "La bufona", absorbida por la magnífica avenida o la "Cuesta del cementerio", hoy colonizada por innumerables garzas. En San Bartolomé "La Esquina de Parra" o "El camino del monte". En Haría las temibles "Vueltas del mal paso" que, posiblemente por esa amenazante cualidad, nunca hubo ningún percance, y en Yaiza "Los islotes de don Jaime", viveros de la sabrosa fruta de higuera.

Pienso que, tanto los medios de comunicación como las instituciones públicas, deben ser muy cuidadosas en sus manifestaciones para evitar errores que puedan tergiversar los nombres históricos de nuestra Isla. Hace unas semanas, la prensa publicó el deseo del Ayuntamiento de Arrecife de mejorar, con una buena inversión económica, las dotaciones de la playa de La Concha. Una buena noticia, que deseamos sea tan eficaz que pueda hacerla aspirante a una de esas emblemáticas banderas azules. En varias ocasiones, y perdonen la insistencia en re-saltarlo, ha habido el pronunciamiento erróneo de "tomar el todo por la parte o viceversa". Así se ha publicado ahora respecto al término La Concha. La Concha no es el nombre de la playa, es la denominación de una urbanización desarrollada junto a la playa. Se debe a que el promotor de la misma, don Miguel Cortajarena, vasco de San Sebastián, quiso plasmar en su promoción la denominación de la, esa sí, famosa playa de su tierra. A los marineros les escuché denominarla "Playa del bufadero" porque en una parte de la misma, una rotura de la roca, en determinados tiempos atmosféricos, surge del mar en forma de espuma, semejante a lo que ocurría en La Bufona antes de su desaparición o sigue ocurriendo en Los Hervideros en las costas de Yaiza. Con la llegada de pateras con emigrantes se ha repetido, una y otra vez, que fueron rescatados y atendidos en "el muelle de la cebolla", en singular.

Hace unos días lo escuche hasta en un telediario a escala nacional. Su denominación correcta en plural, "muelle de las cebollas" se debe, no a que allí hubiera una de esas plantas; se debió a los millones de bulbos que eran manipulados en su superficie antes de su embarque para los países del Caribe, principalmente a Cuba. Lo muestran esas fotografías, ya centenarias, que nos dejan ver a hombres y mujeres ensacando o llenando cajas, junto a camellos y burros que habían sido el medio de transporte desde los campos lanzaroteños hasta "El Puerto". Al fondo, la de los lanchones que, a fuerza de remos, las llevaban a los grandes veleros fondeados en lo que todavía era el islote de la Fermina, años antes de que Leandro Perdomo, en su libro Desde mi cráter, lamentara: "Porque el islote de Fermina, llamado por algunos "del Francés" y no sé por qué, también "islote del amor", está desapareciendo, o lo van desapareciendo". Pienso que César, justamente reconocido y homenajeado hasta casi la veneración más allá de costas y fronteras, no necesitaba que, por simple mimetismo, otro nombre histórico, "Guasimeta" (con ese, no con ce, decía nuestro historiador y especialista en toponimia Agustín Pallarés), desapareciera del frontis de uno de los centros emblemáticos de la Isla.

Dos lanzaroteños ilustres

Fuente: Diario de Lanzarote - agosto 2023

El pasado 6 de mayo la prensa insular publicó la noticia de la celebración, el día anterior, de la beatificación del obispo uruguayo don Jacinto Vera. Un día después me lo confirmaron mis primos uruguayos Marita y Luis, que además habían asistido al acto. Yo me atrevería a decir que también del obispo lanzaroteño que, si bien por accidente nació en medio del océano Atlántico, indudablemente tuvo sus orígenes, su concepción, en nuestra Isla, de la que partió con todos los derechos del nasciturus, que diría un jurista. Nacido en medio del mar cuando su numerosa familia, originaria de Tinajo, con su padre don Gerardo de Vera al frente, emigraban con rumbo a Uruguay. Después de una corta estancia en Brasil, también accidental, logran su propósito. Por todo eso, creo que podemos hablar de una personalidad de nuestra Isla, de la que teníamos una nebulosa idea.

El acto solemne de la beatificación, al que asistieron miles de personas, se celebró en el principal estadio de Montevideo con la presencia del presidente y vicepresidenta de la República y numerosas y altas autoridades civiles y religiosas. El obispo tuvo una especial vinculación al pueblo de El Tala, residencia de mis familiares, y me dicen que lo eligió como el lugar más estratégico para realizar sus misiones y en el que clavó la Cruz de las Misiones. En este ambiente de confraternización espiritual canario uruguayo, la asociación 'El Tala Buscando raíces de descendientes canarios' promovió y se llevaron a efecto, con motivo del Día de Canarias, una serie de actividades de carácter deportivo, gastronómico y cultural. El 25 de mayo, nominación de la calle Monseñor Vera y colocación de placa en el predio de la Cruz Misionera plantada por él en 1881. El día 27, charla sobre



inmigración canaria a cargo del profesor historiador don Leonardo Borges. El día 30, nominación de la calle Maximiliano Martín, canario benefactor de la cultura talense. Nosotros hemos de aclarar que don Maximiliano Martín Betancor había nacido en San Bartolomé y era hermano de la maestra doña Margarita Martín, con quien sostuvo una fluida comunicación epistolar. El día 4 de junio, con campeonato de bola canaria, juegos y degustación de comidas típicas. Nuestro ilustre escritor don Isaac Viera, en su libro Costumbres canarias, dice que los habitantes del Departamento de Canelones, al que pertenece El Tala, se llamaban entre sí "canarios de Canelones". Acabo de leer en la prensa que, en breve, el Canal 4 Uruguay emitirá el programa canario Una hora menos.

Creemos que es de justicia que nuestros responsables políticos y culturales insulares, fundamentalmente los de Tinajo y San Bartolomé, tomen la iniciativa de homenajear a quienes han dejado tan alto el pabellón insular. Respecto al beato don Jacinto Vera, bastaría una consulta en Internet al amplio reportaje que, bajo su nombre, le dedica la enciclopedia Wikipedia, con inclusión de fotografías de la Cruz de la Misión y del retrato del obispo en su silla episcopal. De don Maximiliano creo que sea factible obtener, a través de mis primos uruguayos, a la vez sus nietos, el expediente de que se sirvió la municipalidad talense para otorgarle su reconocimiento; también con la recuperación aunque sea parcial de aquella comunicación epistolar en la que mostraba, además de su patriotismo por aquel país, la añoranza y el cariño por su familia lanzaroteña y por la tierra de su origen. Todo acompañado con fotografías que se encuentran en la colección de Memoria histórica de Lanzarote.

Enseñanza privada

Fuente: Diario de Lanzarote septiembre 2023

Hoy, independientemente de la subsistencia de academias y colegios no oficiales, la enseñanza oficial está a la altura que la Isla necesita, aunque siempre hay que aspirar a más. Nuestra juventud puede incluso obtener titulaciones universitarias sin salir de la misma, lo que supone además un gran alivio económico para las familias lanzaroteñas. Hasta fines del siglo XIX el analfabetismo imperaba en Lanzarote.



Academia de don Fernando Beisti, rodeado de discípulos. Foto: Cedida por Antonio Lorenzo a Memoria de Lanzarote.

Recordamos una vez más lo que don Leandro Fajardo lamentaba en su semanario El Horizonte: la falta de escuelas y maestros, el juego de baraja y el alcoholismo eran la causa del retraso que la Isla sufría. La enseñanza oficial estaba en completo abandono. Los pocos maestros que llegaban, in-mediatamente abandonaban la enseñanza tentados por unos puestos que su formación les permitía, con unas remuneraciones muy superiores a sus miserables sueldos. La de recaudador de contribuciones era uno de ellos.

En el primer tercio del siglo XX, la juventud estudiante fue llamada a participar en una guerra que nunca debió existir y que truncó la carrera de muchos jóvenes con vocación de enseñantes. Se palió poco a poco con la habilitación de personas ya jubiladas o los que, por su formación universitaria, pudieron suplirlos. En Lanzarote, incluso el Instituto de Segunda Enseñanza cerró sus puertas durante un largo tiempo. El problema se fue solucionando cuando, además de aquellas habilitaciones, finalizada la contienda, y ya desmilitarizados, a los frustrados estudiantes se les sometió a lo que don José María Gironella en su libro Los ci-preses creen en Dios llama los "exámenes patrióticos" y, en las Islas Canarias, el atractivo que, para los peninsulares, supuso el complemento económico llamado, en forma un tanto

peyorativo, "plus de residencia". Lo que el escritor denominó exámenes patrióticos parece que respondía a que, una vez finalizada la contienda, a los estudiantes frustrados se les dio bastantes facilidades para su graduación.

Fundamentalmente, y hasta que la situación se fue normalizando, existieron academias particulares, para suplir aquella deficiencia y, a los que pasaron por ellas, hoy estas líneas pueden servirles de recordatorio y quizá añoranza.

Al parecer, existieron unas que no conocimos, como la de don Adolfo Topham Martín, allá por los años 20 y otras que sí: "El colegio de las hermanas", regentada por las monjas, en la Plaza de la Iglesia, que subsistió hasta no hace muchos años; monjas que compartían la enseñanza con el atendimiento a los enfermos en el Hospital. Yo estuve en ese colegio una corta etapa. Mixto, las chicas ocupaban la planta baja con entrada por la avenida marítima, y nosotros el alta, por la gran puerta a la calle Inspector de Sanidad Luis Martín. Doña Hortensia Díaz Navarro enseñaba mecanografía en la situada en la Plaza de la Iglesia, frente al templo parroquial, de la que una parte importante de la juventud arrecifeña fuimos alumnos. En la calle Canalejas, junto al entonces conocido por el Instituto Nuevo, hoy Agustín Espinosa, la de alguien que fue seminarista y sargento del Ejército, cuyo nombre no recuerdo, y que impartía clases de latín; el profesor se distinguía por una pequeña perilla que adornaba su mentón en aquella época en que la barba no estaba de moda. La de doña Agustina Ayala Cabrera, poetisa y posteriormente profesora de Filosofía del Instituto, en la calle Periodista Viera. En la calle Brasil, la de don Fernando Beisti y Ruiz de Antoñanza, funcionario de Prisiones y director de la banda de música. En la Blas Cabrera, la de don Tomás Hernández Alemán, también exseminarista de Gran Canaria, que llegó a la Isla para hacer el servicio militar y que se afincó definitivamente en la capital. En La Vega la de don Valeriano Trancho Aragón. En la calle Coronel Bens, la de don Salvador Luzardo y su esposa doña Inocencia. En la entonces calle José Antonio la de don Marcial López Toribio, en la que también impartió la enseñanza nuestro amigo el veterinario don José Leiva Moreno.

En la calle Luis Morote la infantil de doña Adelina Carrasco Cabrera, conocida como la "Escuela de Lalila". Don Ginés Díaz González daba clases de inglés en La Plazuela. En San Bartolomé, la de una señora vasca, doña Carmenchu, sin que recuerde sus apellidos y de la que fui alumno. Maestra represaliada durante el denominado Movimiento Nacional por sus ideas políticas y que luego, rehabilitada, ejerció su magisterio en La Palma, esposa del lanzaroteño don Rafael Rijo Rocha.

Incluso el Instituto de Segunda Enseñanza cerró sus puertas un largo tiempo

Por curiosidad expongo que me cuentan que mi bisabuela Eugenia Betancort Camejo tuvo su academia, también en San Bartolomé, a finales del siglo XIX, la más antigua de la que tengo noticias y en la que fue sustituida por su hija, doña Margarita Martín Betancort, posteriormente maestra nacional titular hasta su jubilación el 16 de abril de 1925.

Posiblemente algún centro se habrá quedado, no en el tintero que ya no se usa, sino entre las teclas del ordenador, por un posible fallo de mi memoria.